

Las calles están repletas de transeúntes caminando velozmente, paradas de buses, pequeñas sodas destartaladas, ventas de ropa fosforescente y gritos por todos lados. Se siente la histeria colectiva. Muchas personas yacen en el suelo, sentadas viendo hacia arriba, montando, o limando algo en un tubo. Ojos violentos se entrecruzan con piedras voladoras que proporcionan los negros del lugar. Este mosaico es visto por nuestra prensa, como lo peligroso, lo hostil, lo rojo. Su lejanía es inmensa a pesar de estar a 2 cuadras del Banco Central de Costa Rica.

Todos los días cuando camino al trabajo veo las mismas caras, me saludo con el empanadero, con Lola la nicaragüense de una soda escondida que siempre me pone un plátano más “porque usted está muy flaco”. Me tropiezo con los niños subiendo la cuesta hacia San José desde un lugar, que a pesar de ser para ellos, es virtualmente inaccesible. Todos se conocen, se saludan, hay muchísimas casas, de hecho más de que hoteles a pesar de lo que piensa la gente.

Yendo todos los días al laburo conocí a un trabajador un día, uno que se ha convertido en gran amigo y acompañante en momentos de desconsuelo. Estaba sentado frente a los correos, con un orador con cara de loco bajándonos a todos los presentes todas las posibles maldiciones enumeradas en la Biblia, cuando se acercó un barbudo personaje. Sonriente me dijo: “Muchacho, ¿sabe qué día es hoy? –No, ¿qué día es? -Día internacional de ayuda a tu indigente favorito.” Me reí como hacía tiempo no me reía con algún amigo de la calle. Ese día no tenía nada, le di un cigarro como acostumbro.

Después de ese día comencé a verlo a menudo, siempre estaba por el Museo de Los Niños, de hecho siempre son los mismos, siempre somos los mismos. Nunca anda acompañado, desconfía de los otros “loquillos” como les dice él. Es padre de tres niñas, oriundo de barrio cuba y le gusta fumar piedra, pero no toma guaro “usted sabe la loquera, ya con uno es suficiente”.

Se llama Jonás y la confianza se plantó con un abrazo. “No muchacha, ando sucio. – Hay por dios, luego me baño y ya” La sonrisa nos hizo compañeros. Nos hemos acompañado muchas veces, yendo y viniendo de nuestros trabajos, o fumándonos un tabaco. Nuestra cotidianidad nos une desde el mismo mundo fragmentado.

No es casual que se llame Jonás, él también es un profeta. Sabe de la vida, recomienda lo correcto y a veces muestra mayor lucidez que los enchaquetados académicos. Pero no pregona es humilde. Y como al Jonás bíblico Dios le mando la Ballena para desaparecerlo por no predicar; a nuestro Jonás la realidad le mando a la ciudad para que no predicara. El no escogió a la ciudad, muchas veces me lo ha dicho, pero la disfruta, la asume entre llantos y dolores.

Malestares de proporciones bíblicas persiguen a nuestros invisibles habitantes de la ciudad. Pero ahí siguen, “luchándola”. Solitario, Jonás, el barbudo Jonás, camina todos los días por la ciudad sin ser una preocupación para los transeúntes. El no solo se limita a pedir una coima y a recibir el maltrato, sonrío, conversa, recuerda y se aferra a su nombre de profeta